



8

**Legado del pensamiento de
San Agustín para los
jóvenes universitarios del
siglo XXI**

Jairo Quintero Martínez
Humanidades



**N
O
T
A
S
D
E
C
L
A
S
E**

Legado del pensamiento de San Agustín para los jóvenes universitarios del siglo XXI

© Editorial Uniagustiniana, Bogotá, 2017

© Jairo Quintero Martínez, 2017

Colección *Notas de clase*, n.º 8

doi: 10.28970/ua.nc.2017.n8

Editorial Uniagustiniana

Ruth Elena Cuasialpud Canchala, Coordinadora de Publicaciones

Mariana Valderrama y Catalina Ramírez, Asistentes editoriales

Proceso de edición

Corrección de estilo, Ángela Marcell Cruz Parra

Diagramación, Alejandro Farieta-Barrera

Diseño de portada, Alejandra Torres Mendoza

Campus Tagaste, Av. Ciudad de Cali No. 11B-95

coor.publicaciones@uniagustiniana.edu.co

literaturagris@uniagustiniana.edu.co

La Editorial Uniagustiniana se adhiere a la iniciativa de acceso abierto y permite libremente la consulta, descarga, reproducción o enlace para uso de sus contenidos, bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No Comercial-Sin Obra Derivada 4.0 Internacional <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Legado del pensamiento de San Agustín para los jóvenes universitarios del siglo XXI

Jairo Quintero Martínez

Licenciado en Pedagogía Reeducativa, Universidad Católica Luis Amigó
Profesional en Filosofía y Letras, Universidad de la Salle
Magíster en Bioética, Universidad El Bosque
Profesor Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales
y Educación, Universitaria Agustiniiana.
Correo electrónico: jairo.quintero@uniagustiniana.edu.co

Resumen

San Agustín es uno de los más grandes pensadores del siglo IV d.C., por su riqueza, su sencillez, su profundidad, su actualidad y su pensamiento es un legado para la academia en todos los tiempos. Su vida, sus luchas, sus pasiones, sus amores, su búsqueda incansable de la verdad, del amor, de la amistad, de la interioridad, son aspectos que lo convierten en un modelo a seguir para la juventud, pues permiten la identificación con él. Quién tenga dudas sobre sí mismo, sobre Dios, sobre la verdad, debe acercarse a San Agustín para recibir orientación desde el testimonio de vida, porque el Santo de Hipona no escribió nada que no haya vivido, y no vivió nada que no haya dejado escrito. La presente nota de clase es una invitación a reflexionar,



profundizar y analizar la vida y pensamiento de este gran hombre, que por sus virtudes es llamado santo.

Palabras clave: Agustín, vida, pensamiento, historia.

Cómo citar

Quintero M., J. (2017) *Legado del pensamiento de San Agustín para los jóvenes universitarios del siglo XXI*. Notas de clase n.º 8. Bogotá: Uniagustiniana.

Contenido

Prefacio	6
Introducción	9
1 Vida y pensamiento de San Agustín	13
2 Sobre la idea del hombre	19
2.1 Concepto de hombre	19
2.1.1 El hombre es el gran interrogante de sí mismo	20
2.1.2 El hombre está llamado a vivir en comunidad	21
2.2 Agustín y las sectas	22
2.2.1 Maniqueos.	22
2.2.2 Pelagianos	24
2.2.3 Arrianos	24
3 La verdad os hará libres	25
4 <i>Amor omnia vincit</i>	29
5 Sobre el concepto de amistad	32
6 La ética agustiniana, principio de encuentro con Dios	34
7 El alma en San Agustín relacionado con el quehacer pedagógico	35
8 El lenguaje en San Agustín	37
Apartado Final	39
Referencias	42

Prefacio

Desde su legado académico, Agustín abordó temas que merecen ser tenidos en cuenta para la reflexión. El primero de ellos es su vida misma, recreada de forma autobiográfica en *Las Confesiones*, obra que se convierte en un pretexto para desnudar su ser a nivel personal y espiritual, dando a entender que todos los actos de cualquier ser humano son merecedores de escrutinio y análisis. Un segundo tema muy recurrente en sus obras es el de la amistad. Para él los amigos tenían tal importancia que llegó a exclamar:

Bienaventurado el que te ama a ti, Señor; y al amigo en ti, y al enemigo por ti, porque sólo no podrá perder al amigo quien tiene a todos por amigos en aquel que no puede perderse. (*Conf.* 4, 9-14)

Es decir, la verdadera amistad está en Dios, de Él depende y a Él retorna. Se ama a Dios amando al amigo, y se ama al amigo amando a Dios. Nadie que ama a Dios pierde a sus amigos porque es Dios mismo quien sostiene dicha amistad y no se puede concebir la vida de un ser humano sin amigos: estos son esenciales porque hacen presente el amor de Dios.

Un tercer tema es el amor. Para San Agustín el amor es un sentimiento que se expresa de formas diferentes, por eso en latín se encuentran tres palabras distintas: *anhelo-appetitus*, *caritas* y *cupiditas*. Las tres clases se diferencian por el objeto amado, por el bien o mal que nos lleven a realizar y por lo bueno o malo que expresan. De ahí la expresión “Ama y haz lo que quieras” (Cardona, 1998, p. 107) con la que invita al ser

humano primero a amar y luego a actuar, ya que para el Santo de Hipona quien ama nunca realizará acciones dañinas o perjudiciales hacia el objeto amado.

Un cuarto tema es la verdad. En un primer momento Agustín, en diálogo con Alipio, Trigencio y Licencio, nos dirán que la verdad no existe y que es necesario dudar de todo, “Ciertamente, bienaventurados queremos ser; y si podemos serlo sin la verdad, podemos también dispensarnos de buscarla” (*Acad.* 1, 2,5). Este pensamiento lo hará deambular por escuelas del conocimiento en busca de respuestas acerca de la verdad, acercándose principalmente a la dualidad que exponen los maniqueos. Curiosamente a medida que se acerca a dichas escuelas se va alejando cada vez más de la verdad. En este camino se encontrará con Ambrosio, obispo de Milán, y en su discurso empezará a comprender que la verdad no habita fuera del hombre, está en el hombre mismo, y la tarea de este último es descubrirla en su interior, en su corazón.

Al referirse al ser humano, Agustín descubre que este tiene un impulso interior que lo mueve a buscar la felicidad: ese es su motor y al igual que el amor y la verdad, se encuentra en el interior del hombre. Todo ello lo llevará a comprender que la esencia de cualquier ser humano está en su interior, que lo mejor del hombre está adentro de sí mismo y para conocerse debe entrar allí (interioridad), hacerlo consciente (conocimiento), y expresarlo, es decir hacerlo vida (acción). De este modo, el hombre logra la felicidad y esa felicidad está en Dios y Dios en el corazón del hombre. Por lo tanto, Dios se revela en las buenas acciones, en los actos virtuosos en donde la verdad, el amor, la amistad se hacen presentes dándole sentido a la existencia y al ser humano individual y concreto.



Jairo Quintero Martínez

Nuestra propuesta en la presente nota de clase es invitar al estudiante a abordar el pensamiento de San Agustín, a convertirlo en un discurso actual y a que se arriesgue a obrar conforme a su invitación.

Introducción

Aunque en la historia del pensamiento se encuentran numerosos ejemplos de vida que merecen ser estudiados, profundizar en la vida obras y enseñanzas de San Agustín es una oportunidad excepcional para acercarnos a uno de los pensamientos más interesantes y profundos que ha existido y que aún hoy tiene enorme eco entre la comunidad académica.

La presente nota de clase recoge las reflexiones personales sobre la vida y pensamiento de San Agustín, que se han construido y elaborado desde la práctica docente durante cinco años en la Universitaria Agustiniiana, apoyadas por los comentarios, debates, reflexiones de los estudiantes de primer semestre de los programas de Ciencias Económicas y Administrativas (Administración de Empresas, Mercadeo, Contaduría Pública, Negocios Internacionales y Hotelería y Turismo).

San Agustín logró abordar con profundidad académica la naturaleza de Dios, la espiritualidad, la importancia del lenguaje, las características de lo humano en su relación con lo divino etc., pero, ante todo, son los temas que quiero abordar en la presente nota, profundizó en la verdad, la amistad y el amor.

La importancia que Agustín de Hipona le dio al tema de la verdad es un hilo conductor que atraviesa su vida y que lo llevó a vivenciar diversas situaciones hasta caer en el agnosticismo: “Actitud filosófica que declara inaccesible al entendimiento humano todo conocimiento de lo divino y de lo que trasciende



la experiencia”, (RAE 2014), para luego salir de él. Para san Agustín la verdad se alcanza cuando se va al fondo de las cosas, cuando no se queda en la opinión o en la apariencia. El caso que se puede abordar es el actual en Colombia, los diálogos de paz con la guerrilla de las FARC. Si se quiere llegar a establecer justicia y reparación como es el propósito del gobierno y el deseo de los colombianos, es necesario abordar el tema de la verdad, “yendo hasta el fondo de las cosas”, con lo cual se garantiza el esclarecimiento real de los hechos, no por opiniones de unos, ni por versiones de otros. Para San Agustín los hechos son anteriores a las palabras puesto que estas pueden adornar las cosas, embellecer las realidades, pero los hechos son crudos en sí mismos, afirma San Agustín: “Quede firme desde ahora, que nuestra palabra tiene dos fines: o enseñar o despertar el recuerdo en nosotros mismos o en los demás...” (Mag. 1) La verdad implica saberlos abordar, abordarlos, explicarlos y tener el conocimiento para construir con ellos memoria histórica que le permita a generaciones futuras no cometer los mismos errores de las generaciones presente y pasada.

La amistad mereció también especial consideración en el pensamiento agustiniano. Él consideraba que “la verdadera amistad no se mide por intereses temporales, sino que se disfruta con amor gratuito” (Carta 155, 1). San Agustín, posiblemente se sorprendería ante el uso que se le da al término en el contexto actual donde se usa a la ligera, sin mesura ni cuidado y se desconoce la verdadera trascendencia de su significado. Los jóvenes de hoy podrían hacer el ejercicio de revisar sus listas de “amistades” en Facebook o en cualquier red social y hacerse las siguientes preguntas: ¿a cuántas de esas personas realmente conocen?, ¿con cuántas de ellas cuentan

verdaderamente?, ¿quiénes los conocen de verdad? Ese ejercicio posiblemente les depararía sentimientos encontrados al reconocer que la verdadera amistad surge del contacto de carne y hueso, de las experiencias vividas, y no de un “me gusta”, “me encanta”, “me divierte”, “me entristece”; que hacer amigos va más allá de simplemente añadirlos o eliminarlos.

El tercer asunto que merece especial atención es, sin lugar a duda, el amor. En el libro *Amor líquido*, Zygmunt Bauman afirma que “el amor es la supervivencia del yo a través de la alteridad del yo” (Bauman, 2006). Eso significa que las relaciones humanas son un elemento más de consumo moderno y en ellas el amor se constituye solo como una excusa para el divertimento del sexo, dejando de lado el compromiso, la entrega, la fidelidad, el respeto, la responsabilidad y el servicio. El ser humano contemporáneo le ha restado sentido al término y no vive lo que realmente significa el amor, cree que el amor es una rosa, un corazón o un chocolate, limita el concepto a simples símbolos y convencionalismos sociales.

No es atrevido decir que San Agustín es un pensador cuyos escritos son vigentes y de gran relevancia, a tal punto que llega a ser considerado por el Padre Agustino Recoleta Clímaco López “el santo más humano que ha tenido la Iglesia”. Desde el siglo IV d.C., le escribió al hombre actual abordando situaciones acordes al diario vivir moderno a partir de la intensidad de sus propias vivencias, entre ellas, haber sido padre de Adeodato, gracias a su relación de 14 años con la única mujer que amó con todo su corazón. Las narraciones humildes y sencillas de esos rasgos de humanidad son numerosas en sus escritos y hacen que cualquier lector se termine identificando con sus experiencias. Decir que es el más



humano de los santos es afirmar que logró consolidar cada etapa de su vida con la intensidad que lo caracterizaba; que de cada error aprendió la lección y se hizo virtuoso. Decir que es el más santo de los humanos es afirmar que es un modelo, un paradigma tanto para la ciencia y la religión como para la academia.

Su pensamiento es luz para todo aquel que busca con sinceridad y responsabilidad la verdad; es “faro luminoso en cuanto su vida, sus escritos y su pensamiento” (Eguiarte, 2012, p. 9), para todo aquel que busca ser mejor persona y más humano en medio de una sociedad que con sus conflictos y virtudes no guarda mayor diferencia con la que tuvo que enfrentar el santo de Hipona.

Espero contribuir, con esta nota de clase, a la profundización en el conocimiento San Agustín para que su vida y su obra sean puntos de referencia en la formación de los profesionales uniagustinianos, invitándolos a buscar un equilibrio entre el ser profesional y la excelencia como seres humanos; que sean capaces de reconocerse a sí mismos como servidores de una sociedad resquebrajada, como sembradores de esperanza y transformadores sociales cuyo único deseo, al igual que el del Santo de Hipona, es el continuo trascender.

En esta nota de clase se abordarán temas acerca de la vida y el pensamiento de Agustín que por su actualidad y vigencia están relacionados y analizados desde el quehacer cotidiano de los jóvenes estudiantes del siglo XXI. Temas como la rebeldía, el cuestionamiento a sus padres y a la misma religión; la experiencia de haber hurtado cosas sin tener necesidad; el experimentar el amor carnal y trascenderlo a un plano espiritual; el cuestionar y esclarecer la verdad de las cosas y de

los valores humanos, entre otros. Estos temas nos permitirán descubrir a una persona del común que, a pesar de las circunstancias vividas, tuvo la capacidad de transformar y dar un giro de 180 grados a su vida al convertirse en santo y doctor de la Iglesia Católica y en un referente para la filosofía y la teología medieval.

1 Vida y pensamiento de San Agustín

Aurelio Agustín de Hipona, Santo y Doctor de la Iglesia, nació el 13 de noviembre del año 354 en Tagaste, hoy Souk-Ahras (Argelia), población de la región de Numidia (África). Murió el 28 de agosto del 430. Es costumbre de la Iglesia Católica celebrar el día de cada santo teniendo en cuenta la fecha del fallecimiento, o del nacimiento a la vida eterna, razón por la que la Comunidad de Agustinos Recoletos se reúne festivamente el 28 de agosto, todos los años, para conmemorar su partida de este mundo y recordar su emblemática importancia.

Su vida familiar se asemeja a la de cualquier colombiano del siglo XXI. En sus padres, Patricio y Mónica, con personalidades muy distintas, Agustín encontró dos modelos de vida opuestos, con gustos, costumbres, historia, y forma de vida totalmente diferentes; sin embargo, de cada uno de ellos recogió lo mejor para su desarrollo humano.

Su madre, una ferviente católica descendiente de los romanos, de familia reconocida, respetable y abnegada; su padre, un pagano, jugador, mujeriego y alcohólico, que sin embargo se esforzó para darle la mejor educación a Agustín.



Según el diccionario de la Real Academia de la Lengua, un pagano es cualquier persona que:

No es cristiano ni de ninguna de las otras grandes religiones monoteístas. Especialmente referido a los antiguos griegos y romanos. Dicho de una persona: que no ha sido bautizado. (RAE, 2014)

Su modelo de vida fue su madre Mónica. Ella finalmente logró, a partir de la constante oración y de una vida ajustada al querer de Dios, convertir al cristianismo a su esposo, el pagano Patricio, quien para el final de su vida se hizo bautizar y alcanzó el perdón y la gracia divinas. Agustín veía realizados en su madre el amor, la verdad, la constancia y la fidelidad, valores que marcarán su existencia y lo orientarán en la búsqueda de la felicidad.

Mónica no la tuvo fácil con San Agustín, quien de muchacho “le sacó canas”, para usar una expresión muy popular en Colombia. El mismo santo cuenta una situación que pudo ser divertida en su momento para él y sus amigos, pero no lo fue tanto para Mónica, que sentía que Agustín se le salía de las manos y tomaba el camino de su padre. En cierta ocasión, apenas cumplidos los 16 años, el santo de Hipona cometió junto a sus amigos un delito: robaron las peras del árbol de un vecino, acción que por la edad que tenían aquellos jóvenes pasa como travesura, pilatuna, pero que representa la etapa de la rebeldía y el deseo de experimentar lo prohibido por la que pasó. Este hecho que puede parecer un “crimen sin víctima” y que suele darse hasta en los supermercados sin justificación alguna, generó en el futuro santo una serie de pensamientos acerca de la culpa y la responsabilidad; “Yo quise robar y robé. No lo hice obligado por la necesidad, sino por escasez y

disgusto de justicia y por una sobredosis de maldad” (*Conf.* 2, 6, 12). Es realizar el “mal gratuito” (Cardona, 1995, p.45), que consiste en hacer daño a otro o a alguna cosa movido sólo por la pasión de hacer la maldad, sin justificación alguna. A partir de este suceso, y con el paso del tiempo, reflexionará y consolidará su concepto de amistad, entendiéndolo como un sentimiento divino.

Al año siguiente viajará a Cartago para continuar sus estudios. Allí no solamente se encontró con diversas culturas, religiones, razas y lenguas que fortalecerían sus conocimientos y saberes, sino que encontró a una mujer muy especial de la que se enamoró y en la que encontró el amor que siempre deseó: “Amar y ser amado, y aún mejor si se disfruta del cuerpo de lo amado” (Cardona, 1995, p.48). Con ella compartió muchos años de su vida y no se casó porque eran de diferentes clases sociales y para la época no estaba permitido. Fruto de esta relación nace su amado hijo Adeodato, que significa dado por Dios y del que en las *Confesiones* expresa un gran orgullo y admiración, a tal punto que manifiesta que de esta relación padre-hijo brotó el libro *El Maestro*.

Buscando la verdad, y apenas con 19 años, tuvo un acercamiento a la obra *El Hortensio* de Cicerón, obra que le permitió adentrarse en la filosofía por medio del discurso sobre la sabiduría y de la manera de alcanzar la felicidad. La búsqueda de la verdad lo acercó también a la lectura de la Biblia, pero no fue una lectura agradable; podría decirse lo que encontró en ella lo defraudó, sobre todo por su estilo tan sencillo. En aquel momento, lleno de la soberbia de la juventud, se sintió muy grande y maduro para leer historietas. Sin embargo, con el tiempo reconoció que para leer este



sagrado libro debía tener una preparación espiritual que le permitiera entender todo el mensaje contenido en ella, comprendió que el estilo era sencillo pero su contenido denso. Comprendió que solo con una excelente preparación intelectual y espiritual se logra comprender todas las verdades en ella contenidas.

La verdad fue un tema que siempre inquietó a San Agustín. Su búsqueda lo llevó a recorrer caminos para él desconocidos: en unos se acercaba y en otros se alejaba de ella. Ejemplo de ello fue lo que le sucedió con la secta religiosa del maniqueísmo, en la que participó por nueve años. Esta secta fue fundada por Manes o Mani, un hombre espiritual cuya interpretación de la Biblia lo llevó a promover muchos errores acerca del cristianismo.

Él pretendió dar respuesta a los problemas del universo y, sobre todo, conocer y enseñar cuál era el origen del mal. Para Manes el mundo y todo lo que él contiene se halla integrado por dos principios soberanos, coeternos y en constante lucha: el bien y el mal. El hombre queda en medio de los dos. El hombre quiere el bien, pero le aviene el mal, él no lo busca, simplemente le llega, lo que le quita la responsabilidad y hace que el hombre no sea responsable de ningún mal causado. Por tal razón, no debe sentir culpa porque su intención es hacer el bien, pero en ocasiones el mal se impone.

La permanencia en esta secta le generó muchas preguntas acerca de la verdad, sobre las cuales no encontraba respuestas satisfactorias. En esa búsqueda conoció a Fausto, un líder maniqueo, y entabló relación con él para que se las resolviera, sin embargo, sus respuestas no lo convencieron y provocaron en él el deseo de alejarse de ellos para buscar la verdad en otra

parte. Agustín encontró otro camino hacia la verdad: los neoplatónicos, una corriente de pensamiento que se basaba en las enseñanzas de Platón, de ahí su nombre. La principal de esas enseñanzas es que el hombre está compuesto de cuerpo (materia) y espíritu (razón): el primero es dominado por el segundo. Desde esta perspectiva, lo inteligible (espiritual) es lo que acerca al hombre a la verdad, lo sensible lo engaña. Agustín encontró en el neoplatonismo autores como Plotino y Porfirio cuyas obras eran una invitación a buscar la interioridad, que consiste en entrar en sí mismo para encontrar y contemplar la verdad. La verdad está en el interior del hombre, dicen los neoplatónicos, a diferencia de los maniqueos que la ubicaban en el exterior, en las cosas. De igual modo, aprendió con los neoplatónicos a distinguir entre lo sensible y lo inteligible, aunque le costaba entender la existencia de realidades que no fueran corpóreas.

San Agustín, en busca de la verdad y a la edad de 30 años, llegó a Milán, ciudad de Italia. Allí conoció a San Ambrosio, obispo de esa ciudad, quien se convertiría en una de las personas más influyentes en la vida de Agustín. Con él aprendió a comprender el sentido espiritual de las Sagradas Escrituras lo que le ayudó a entrar en sí mismo y a contemplar la verdad. Narra Agustín una hermosa página de su vida referida al valor que le encontró a las Sagradas escrituras al punto que las convirtió en la fuente de sus pensamientos y el manantial de su espiritualidad: cierto día del año 386 Agustín enfrentaba una crisis personal en el jardín de su residencia de Milán y escuchó una voz procedente de una casa vecina, repitiendo una y otra vez: *“Tolle, lege (toma y lee)”*. Él interpretó aquellas palabras como si fueran un mandato divino, abrió la Biblia y leyó el primer pasaje que encontró: *“Nada de comilonas y*



borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias” (*Romanos 13:13-14*). Este texto bíblico le impactó muchísimo porque reflejaba muchas de las cosas que vivía por aquel entonces. Encontró en esta lectura un motivo para replantear y orientar su vida, a tal punto que decidió bautizarse. El sacramento lo recibió de las propias manos de San Ambrosio, Obispo de Milán, en la Vigilia Pascual del año 387, junto con su hijo Adeodato y su gran amigo Alipio, a la edad de 33 años.

En el año 391, a la edad de 37 años, es ordenado sacerdote por el obispo de la ciudad de Hipona, donde posteriormente funda un monasterio. En el año 396 es nombrado Obispo de esta ciudad. Allí permanecerá hasta su muerte ocurrida en el año 430, durante un asedio de los vándalos, grupo germano que había invadido la parte occidental del imperio Romano y que había llegado hasta el Norte de África, donde estaba ubicada Hipona. Sus últimos años fueron de intensa controversia con las sectas de los donatistas y los pelagianistas. Gracias a esta eterna lucha contra las herejías, recibió el apelativo de “Martillo de los herejes”, pues supo defender de sus errores a la Iglesia Católica y la fe cristiana.

Aunque “en rigor, San Agustín no escribió ninguna obra estrictamente filosófica” (Atencia, Gavilán & Rodríguez, 1993, 103), ni presentó ningún sistema filosófico como tal, su legado se fortaleció dentro de la academia filosófica por la profundidad de sus pensamientos, sus planteamientos morales y su peculiar inspiración “que se plasma en la expresión apasionada del drama de un hombre, en la lucha consigo mismo y con su

naturaleza pecadora, esforzándose en pos de Dios, tan íntimo a su alma como lejano e inalcanzable” (Atencia et ál., 1993,103).

2 Sobre la idea del hombre

*Nec ego ipse capio totum, quod sum*¹.

Para definir al hombre desde el pensamiento agustiniano lo podemos hacer con una frase: “transciéndete a ti mismo” (*Vera rel.* 39, 72). Con esta máxima, Agustín nos invita a buscar en nuestro interior para encontrar la felicidad, que no es otra que el mismo Dios. La pregunta por el hombre en San Agustín se responde desde Dios.

2.1 Concepto de hombre

San Agustín concibe al hombre como unión de alma y cuerpo, pero a diferencia de Platón lo explica como unidad: “Dios creó al hombre entero, alma y cuerpo, juntándolos para que viviesen en pacífica convivencia, porque la materia corporal no es mala, ni su unión con ella es pecaminosa” (*Qu. An.* 3, 443). Desde esta óptica se hace evidente que “El alma ha sido creada por Dios” (*Qu. An.* 1, 2) y es el principio de la existencia, es la mente, la que posibilita los razonamientos y la adquisición de conocimientos. El cuerpo es gobernado por el alma y sometido al mundo. Dios es la verdad y el alma la razón, por lo tanto, al buscar la verdad el hombre se acerca a Dios.

¹ Ni yo mismo comprendo todo lo que soy.



El hombre visto de esa manera es un animal racional que se sirve de un cuerpo mortal y terreno, pero la razón no lo es todo, el hombre necesita de la gracia dada por Dios a través de Jesucristo para alcanzar la felicidad, de la cual existen dos tipos: la primera es la verdadera, la que busca la comunión con Dios, la que está presente en la ciudad de Dios, es eterna y se logra mediante la virtud. La segunda es pasajera, más que felicidad consiste en momentos de alegría, es la que se encuentra en los placeres mundanos, está presente en la ciudad terrena y exalta los vicios. La primera felicidad está en el interior del hombre y allí debe buscarla; la segunda, la efímera, está en los sentidos, ellos nos permiten conocer el exterior, contemplar lo bello de la creación y aprovecharlo, pero los sentidos son limitados, solo nos muestran la verdad del mundo, la razón, a través de la reflexión interior, le permite al hombre encontrar la verdad sobre sí mismo. Dicha razón, es la esencia del alma humana y es lo que lo hace imagen de Dios, lo hace persona.

2.1.1 El hombre es el gran interrogante de sí mismo

Para San Agustín el hombre es la gran pregunta para el hombre mismo, el gran interrogante, la gran cuestión. El problema para Agustín no es el cosmos ni las realidades que hay en él sino el misterio de saber quiénes somos para nosotros mismos. Responder por las cosas presentes en el mundo al parecer es más fácil que responder por el hombre mismo. Para Agustín, la respuesta se logra volcándose en la interioridad del hombre, esa es la gran aventura “no quieras derramarte afuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad” (*Vera rel.* 39, 72). El punto de partida para la búsqueda de la verdad no se halla pues en el exterior, en el conocimiento

sensible, sino en la intimidad de la conciencia, en la experiencia que el hombre posee de su propia vida interior. En idéntico sentido apunta la afirmación: “Si me preguntas dónde halla el sabio la sabiduría, te responderé que en sí mismo” (*Acad.* 3, 14 - 31). El hombre solo es capaz de conocerse a sí mismo cuando se sumerge en su interior y descubre sus posibilidades, sus límites, sus verdaderos sentimientos y pensamientos. La voluntad hay que educarla, pues ella nos mueve al pecado, cuando peco soy yo el que quiero, cuando evito hacer el bien soy yo el que no quiero.

2.1.2 El hombre está llamado a vivir en comunidad

Otro aspecto importante en San Agustín es que no es posible el desarrollo pleno del hombre si no vive y se desarrolla en relación con otro; para el santo de Hipona el hombre está llamado a vivir en comunidad, pues es en ella donde se plasma el verdadero amor, el amor al bien a través del otro.

Agustín afirma que el hombre bueno es aquel que ama, aquel que ama lo que debe amar. Cuando el amor del hombre se dirige hacia Dios (y ama a los hombres y las cosas en función de Dios) es caridad. (Reale & Antiseri, 1992, p. 399)

Por eso dirá que “nadie ama a Dios antes de conocerlo” (*Tr.* 8, 4, 6), si sólo conoce lo material amará lo material, si se conoce a sí mismo, se amará al estilo de Jesús, trascendiéndose a sí mismo, dándose a los demás. Para Agustín el hombre está llamado a hacer el bien, en ello radica su libertad y, en consecuencia, nadie que obra el mal es libre. El motor del bien obrar es el amor en caridad y en justicia, quien ama nunca se sentirá movido a hacerle el mal a otros, siempre actuará



buscando el bienestar: “Ama y haz lo que quieras” (Cardona, 1998, p.107).

2.2 Agustín y las sectas

Como habíamos establecido con anterioridad, el célebre obispo de Hipona se caracterizó por ser un buscador de la verdad, lo que lo llevó a conocer, experimentar y enfrentar algunos de los movimientos con pensamiento pseudoreligioso del siglo IV d.C., que existían desde los primeros siglos. Entre ellos estaban los maniqueos, donatistas, pelagianos y arrianos; a partir de esta circunstancia surgen varias obras en las cuales San Agustín desenmascara su pensamiento falso, siempre enfocado en buscar la tan anhelada verdad, “busquemos como si hubiéramos de encontrar, y encontremos con el afán de buscar. Cuando el hombre cree acabar, entonces principia” (*Tr.* 9, 1, 1). Esta búsqueda de la verdad lo llevó entonces a enfrentarse a las sectas por medio de la búsqueda personal de la verdad: “Lo haré cuando se haya ido el soldado, para que el auditorio entienda que no es mi intención obligar a los hombres a abrazar comunión alguna, sino manifestar la verdad a los que buscan con ánimo apacible” (*Carta* 23, 7). Dentro de las sectas a las que hacía referencia se destacan tres, principalmente.

2.2.1 Maniqueos.

La filosofía maniquea estaba acompañada de una hábil oratoria cuyo fin era atacar la iglesia cristiana del siglo IV. Prometían explicarlo todo sin reserva alguna y sin necesidad de un misterio dogmático, atacando de esta forma el fideísmo de la Iglesia.

Las diatribas de Agustín contra esta secta comienzan demostrando la incoherencia existente entre la vida moral que publicaban y la vida mundana y carnal que llevaban en realidad. Otro argumento fue el de atacar la charlatanería pseudocientífica, pues los maniqueos creaban verdades e hipótesis sobre las ciencias naturales, especialmente la astronomía. Agustín, como autodidacta, conocía muy bien las artes liberales y los principios científicos de aquel tiempo, lo cual le permitió identificar rápidamente las fallas de la doctrina maniquea.

Sin embargo la principal fuente de discusión entre Agustín y sus antiguos compañeros maniqueos radicaba en los dos principios trascendentes en el origen de toda realidad, el bien y el mal, pues según Mani: “la historia es el desarrollo de la lucha de dos reinos, el espiritual de la luz y el bien, y el material, de las tinieblas” (Atencia et ál., 1993,112), realidad que según Agustín no puede existir, pues destruiría la omnipotencia de Dios ya que si todo ha sido creado por Dios no es posible entonces que Dios haya creado el mal y por tanto, el mal no existiría: “el mal, cuyos orígenes estaba investigando, no es una sustancia, porque si fuera sustancia sería un bien” (*Conf. 7, 12,18,*), así el conflicto entre tinieblas y Dios no tiene razón de ser, pues las tinieblas no pueden hacerle daño a Dios puesto que Él es incorruptible y por tal razón tal lucha es inútil, luego no hay base que sostenga esta doctrina. Para Agustín, muy cerca del pensamiento de Platón, el mal es entonces una privación, una carencia del ser: “pues, ¿qué otra cosa es el mal sino la privación del bien?” (*Conf. 7, 12,18*).



2.2.2 Pelagianos

Los pelagianos eran una secta cristiana condenada por herejía y sentenciada a desaparecer en el siglo V d.C. Entre sus principales planteamientos niegan el pecado original y afirman que la gracia divina puede ser obtenida por los hombres por méritos propios, lo que resta trascendencia al dogma cristiano de la muerte y resurrección de Jesús como cordero de Dios. Para Agustín, esta posición resulta ciertamente ilógica puesto que el ser humano solo puede alcanzar la gracia por medio de Dios ya que resulta indiscutible que Cristo murió por nuestra redención y liberación del pecado, y que la gracia es un don gratuito del Espíritu Santo que el hombre, debido a su flaqueza, no puede alcanzar con sus propias fuerzas: “argumenta Agustín apoyándose en las Escrituras, que si Dios diera la gracia a los hombres por sus méritos, no sería gracia [...] Y por otra parte, cuando el hombre comienza a tener méritos buenos, no debe atribuírselos a sí mismo, deben ser atribuidos a Dios” (Camacho, 2008, p. 4). No solo basta con el simple hecho de creer, sino también los hechos y testimonios de vida, en especial la de Jesús. El mismo San Agustín nos dice: “el Dios que te creó sin ti no te salvará sin ti.” (Cardona, 1998, p. 401) En la obra contra los pelagianos se puede encontrar que la ignorancia y la flaqueza son dos obstáculos que impiden llevar a la gracia de la liberación. En el evangelio de San Juan podemos encontrar algo similar cuando afirma: “Si el hijo os libera entonces seréis verdaderamente libres” (Juan 8:32).

2.2.3 Arrianos

Durante los primeros tiempos del cristianismo se desarrollaron las conocidas disputas cristológicas, que trataban de determinar

la relación de Jesús con Dios Padre. El arrianismo se oponía rotundamente a aceptar que Jesús tenga la misma naturaleza divina que Dios, por lo que una vez establecido el dogma de la Santísima Trinidad fueron considerados como herejes. San Agustín combate la ideología arriana demostrando la doble naturaleza de Cristo, verdadero Dios que procede del Padre, y con el Espíritu forma la Trinidad verdadera, hombre que se encarnó para justificar ante el Padre, soportando todos los avatares de la carnalidad. La naturaleza humana de Cristo es asumida de manera singular por Dios verbo. Cristo por tanto es verdadero Dios nacido del Padre y él mismo es verdadero hombre, nacido de una madre que fue creatura humana. Su humanidad es menor que la del Padre. Como lo afirma San Agustín: “Si deseamos adherirnos y ser unos con Dios nuestro señor debemos ser singulares y sencillos, es decir, amantes de la eternidad y de la unidad, y alejarnos de la multitud y de la turba de los seres que nacen y mueren” (Cardona, 1998, p. 330).

3 La verdad os hará libres

Cicerón, el gran orador y filósofo neoacadémico del siglo I había despertado a San Agustín de su *sueño dogmático* para enfrentarlo con la verdad. Varrón y Seneca completarían el panorama y solo a los 32 años, San Agustín leería los libros de los platónicos y *Las Eneadas* de Plotino. Para bien o para mal, gran parte de la filosofía de San Agustín gira en torno a Cicerón, quien le proporciona cierta desconfianza en la razón humana. Los neoacadémicos creían en la verdad, pero se resignaban con la “probable verosimilitud”, como máximo conocimiento de la verdad asequible a la debilidad humana.



En el retiro de Casaisaco, Agustín se encuentra reunido con su madre, su hijo Adeodato, su hermano Navigio, su amigo Alipio, dos discípulos suyos, Trigencio y Licencio, y dos primos suyos, Lastidiano y Rustico. En ese retiro escribe la obra *Contra los académicos* dedicado a su amigo y bienhechor Romaniano, donde Agustín manifiesta el gran anhelo y esperanza de encontrar la verdad y, por ende, la libertad. En esta obra reivindica el conocimiento de la verdad, interviniendo un principio de Epicuro que Cicerón hizo suyo: “si los sentidos me engañan alguna vez, jamás puedo confiar en los sentidos” se convierte en “si alguna vez conozco con toda certeza, jamás podrá satisfacerme algo inferior a la verdad” (*Ciu.* 11, 26).

Agustín plantea un interrogante que da origen a dos puntos de vista: primero que, si para alcanzar la felicidad es necesario conocer la verdad en sí misma, o por el contrario para vivir dichoso solo basta con buscar e investigar sobre esta verdad, aunque no llegue al conocimiento total de la misma. Sus amigos en Casisiaco se dividieron en dos bandos a favor de uno u otro apostolado, llegando a la conclusión de que problemas de tal magnitud no se pueden resolver tan fácilmente porque si los pequeños problemas requieren grandes soluciones, tanto más uno de tal magnitud, como el postulado por Agustín.

La discusión entre Agustín y sus compañeros retoma el pensamiento anterior sobre la felicidad y su búsqueda: mientras algunos afirman que es necesario establecer un proceso dialéctico para llegar a ella, y que con el simple hecho de indagar o investigar acerca de la existencia de esa felicidad el hombre ya es dichoso por solo buscar, otros se mantienen en vigilia afirmando que la única posibilidad de ser feliz y de

encontrar la dicha plena es cuando se ha llegado a la verdad absoluta.

Para establecer la divergencia entre las dos posturas retoman a los clásicos latinos, entre ellos Cicerón, y ponen en discusión si su sabiduría y su incansable búsqueda que lo lleva a un estado de duda permanente lo hacen verdaderamente feliz o simplemente un investigador de la verdad y un ser aparentemente dichoso pues el hombre, aparte de discernir entre lo verdadero y lo falso, también posee una parte espiritual y sensible que lo motiva al conocimiento para dotar de tranquilidad y gozo a su angustiada e inquieta alma. Sobresale un aspecto fundamental que se relaciona con la búsqueda de la verdad, el error y la definición de este. Para solucionarlo parten los interlocutores de Agustín del supuesto de que si alguien busca la verdad, pero como es obvio comete errores durante el proceso que le dificultan llegar a la verdad, este investigador se convierte en un desdichado permanente para el cual nunca existirán ni siquiera pequeñas trazas de verdad. La otra cuestión es que quien busca, y comete errores que le dificultan acertar rápidamente en la verdad, se levanta de estos mismos errores, edifica su razón y va ascendiendo con más seguridad a la tan anhelada verdad. Sin embargo, el que opta por este último pensamiento puede caer en un conformismo vicioso, pues, aunque, cometa un error se conforma con los logros alcanzados por su limitada razón y por la limitada dicha que estas pequeñas partes de verdad le den.

Para los antiguos griegos y romanos la verdad es el puente entre la realidad y la idea que se expresa o manifiesta de ella, el ser humano se encuentra con cosas y fenómenos ya definidos y determinados; la verdad sería la razón suficiente que da



respuesta consecuente a sus preguntas, tales como: ¿cuándo?, ¿por qué? ¿Cómo? ¿Para qué?, y que real y fielmente obedecen al fenómeno en cuestión.

En términos actuales es una interacción del mundo objetivo que encuentra una representación fiel, analítica y explicativa en el mundo del sujeto. De tal manera que la realidad corresponde adecuadamente a aquello que la describe, explica y normatiza. La verdad es la autenticidad de la cosa en cuanto es y lo que se dice de ella.

Para San Agustín la verdad es Cristo ya que él es el *logos*, es decir, la palabra de Dios encarnada y dicha verdad es asequible al hombre por la revelación. Dios es el único omnisciente, el que conoce plena y absolutamente todo y Él participa al hombre de la verdad por la revelación dada en Jesucristo; de ahí que el hombre deba asentir a la verdad divina a través de la fe. Cristo es la sabiduría de Dios, es decir, el conocimiento pleno que se da a conocer al hombre. Esta verdad implica aquella proveniente de la conciencia cognitiva, y la conciencia moral, para dar una comprensión completa de la realidad y los postulados teóricos y axiológicos de la misma.

En San Agustín la verdad es algo ya definido y determinado por la eternidad; el ser humano debe buscarla y encontrarla a través de la razón, la fe y la guía de la autoridad de Cristo, de lo contrario sería inaccesible a su conocimiento o contemplación. Cristo es el ser que manifiesta (revela) plenamente el saber de Dios, Él conoce en absoluto la realidad, y es la palabra (*logos*) capaz de explicarla y exponerla fielmente.

La verdad no es algo externo al hombre: Es una realidad viviente y actuante en el interior. “En el hombre interior habita

la verdad [...] A la verdad no se llega pensando o discutiendo, sino que ella misma se manifiesta a los que la desean” (*Vera rel.* 47-90). La verdad que exige la sinceridad para confrontarse en sus debilidades y dar pleno desarrollo a sus fortalezas; evitando el estereotipo de modelos impuestos, y asumir su yo con autenticidad y libre personalidad. La verdad no es estática y rígida, sino dinámica y que se va construyendo. “La obligación de seguir aprendiendo es consecuencia del amor a la verdad”. (*Dulc. Qu. praef.* 1, 6).

Para Agustín la verdad solo puede ser asequible por medio de Dios, y sus herramientas fundamentales serían la fe, la creencia y la teología. Resulta evidente que para el santo de Hipona era primordial una verdad que se basara en las experiencias trascendentales y religiosas antes que, en la validez científica, una verdad Revelada y no descubierta. “El Santo doctor, en efecto, consciente de la fragilidad y de las limitaciones de la razón, se percata de que para llegar a conocer con mayor certeza y claridad las cuestiones importantes que afectan directamente al hombre, es necesaria la fe, la teología, la Sagrada Escritura” (Lazcano, 2010, 18).

4 *Amor omnia vincit*²

Al igual que Jesús, Agustín profesaba inmensamente el amor desinteresado por los demás, pero también a Dios, “quien a Dios ama no se equivoca en el amor a sí mismo” (Cardona, 1998, p.49). A partir de este concepto es posible entender el verdadero alcance que San Agustín daba al encuentro de Dios,

² El amor lo vence todo.



pero es necesario establecer que Agustín emplea tres términos diversos para hablar del amor, “*anhelo-appetitus*, *caritas* y *cupiditas*” (Arendt, 2009). Según Arendt, para el obispo de Hipona,

amar no es otra cosa que anhelar algo por sí mismo y más adelante añade que el amor es un tipo de anhelo ligado a un objeto determinado, y toma a este objeto por el desencadenante del propio anhelo, al cual provee de meta. (Arendt, 2009, p. 25)

El *anhelo-appetitus* está encaminado por lo que se busca, es el sentimiento de deseo de posesión de algún bien y en realidad designa más un gusto, afirma San Agustín: “el amor es un tipo de movimiento, y todo movimiento va hacia algo”. Conocemos la felicidad porque queremos ser felices y buscamos cómo lograrla.

El amor *cupiditas* es el amor humano que surge de la relación familiar y de amigos, donde se crean lazos de cariño, respeto, solidaridad y aprecio, supera los vínculos de la sangre para ser de índole psicológico y se caracteriza por ser exclusivo.

Sin embargo, para Agustín el más importante de todos parece ser el amor *caritas*, un amor personal, bueno y lícito porque es un amor al bien, una tendencia a buscar el bien para uno mismo y para los demás, el bien, que para San Agustín es equivalente a buscar a Dios, es el nivel de amor más alto del ser humano, surge de la fe en Dios y de la gracia divina, es esencialmente espiritual y se caracteriza por ser universal. Sus manifestaciones superiores son: el servicio desinteresado, el sacrificio de vida y el perdón, de hecho, solo ejercen este tipo de amor quienes por la gracia están impregnados de la caridad.

El amor es esencialmente relacional, y surge en la relación de dos o más sujetos, incluso en la relación interior de un solo sujeto consigo mismo (amor propio). La dinámica del amor, según Agustín, se desarrolla en los siguientes momentos:

- **Atracción:** reconoce la presencia de otros seres que le aman y a quienes necesita amar para desarrollar su potencial humano.
- **Dilatación:** supera el amor posesivo para entrar en un amor fraterno, donde se conmueve de la situación de los demás y se hace solidario con todos. Se funde en aquello que ama, hasta identificarse con ello.
- **Difusión:** tiene la capacidad de romper su egoísmo para ir al encuentro del otro en un amor de servicio, sacrificio y perdón. Se convierte en fuente de vida.

Al final la necesidad de dar y recibir amor es congénita al hombre, lo mismo que la necesidad de ser libre: “Amar y ser amado era la cosa más dulce para mí” (*Conf.* 3, 1, 1). El amor es una fuerza interna que impulsa a la voluntad a unirse a la cosa conocida, máxime si se trata de una persona: “Mi peso es mi amor; él me lleva donde quiera soy llevado”. (*Conf.* 13, 9, 10). Al tener verdadero amor, todo resulta válido; si el amor es el peso del alma, es también lo que da sentido a todas las acciones, de allí la sentencia agustiniana: “ama y haz lo que quieras” (Cardona, 1998, p. 107). Desde luego que no cualquier amor nos autoriza para actuar, solo el honesto y ordenado. Después de decir San Agustín “amen lo que es bueno”, analiza detenidamente qué es bueno y concluye que es todo aquello que hace referencia a Dios.



5 Sobre el concepto de amistad

*Si vis amari ama*³

No podemos asegurar si por influencia o por coherencia, Agustín indagó en muchos asuntos que Platón había hecho piezas fundamentales y al igual que en el caso del amor, la amistad se constituye en una fuente de inspiración y de vida, “pocas personas en la historia de la humanidad habrán vivido de modo más elocuente y apasionado la amistad” (Oroz, 1998, p. 227). Para Agustín la amistad constituye un vínculo que permitirá unir a dos o más personas en una mutua unión de entrega, dando y aportando lo mejor de todos para la construcción solida de la amistad; esto permitirá iniciar un proyecto de vida en común con su grupo de amigos, con los cuales quiere experimentar y vivir en plenitud la amistad, al respecto nos dirá Agustín:

Aunque, a decir verdad, ni si quiera después fue el amigo que postula la verdadera amistad, porque ésta no es auténtica si tú no haces de aglutinante entre aquellos que están unidos a ti por medio de la caridad derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. (*Conf.* 4, 4, 7)

De esta forma, Agustín trasciende la amistad terrena para llevarla a un plano espiritual, esta relación amistosa necesita de la presencia del amor de Dios que finalmente es el que permite que haya una verdadera relación de amistad: “la amistad está definida muy bien y sanamente como un acuerdo benévolo y caritativo sobre las cosas divinas y humanas” (Oroz, 1998, p. 24).

³ Si quieres ser amado, ama.

Aunque esta óptica de la amistad parezca un poco reduccionista al pretender que solo se puede dar la verdadera amistad bajo los parámetros del cristianismo y la presencia de Dios, una razón podría ser justamente que Agustín pretendía que todo cristiano, per se, era bueno y de esta manera no buscaría su propio beneficio a expensas del otro, sino que al vivir una vida auténtica, promulgaría los valores de Cristo que garantizarían un buen depósito de la amistad depositada. Más que un mero fanatismo religioso lo que se evidencia en Agustín es su esperanza fundamental de un hombre bueno y su confianza en el hombre, la que para él solo era posible desde los fundamentos de la fe y el cristianismo y por el ejemplo mismo de Jesús:

Por esto Él nos amó: para que nos amásemos mutuamente, concediéndonos a nosotros por su amor el poder estrechar con el amor mutuo nuestro lazo de unión; y así, enlazados los miembros con un vínculo tan dulce, seamos el cuerpo de tan excelsa cabeza. (*Io. eu. tr.* 65, 2)

Agustín consideraba que el ser humano debería contar con muchos amigos, y ciertamente los tenía: “en este mundo son necesarias estas dos cosas: la salud y el amigo; dos cosas que son de gran valor y que no debemos minusvalorar: la salud y el amigo son bienes naturales” (Oroz, 1998, p. 224). En su libro de las *Confesiones* cuenta también la dura experiencia que le produjo la muerte de un gran amigo con quien compartió desde la infancia, con él creció, estudió y jugó, hecho que generó en él un inmenso dolor.



6 La ética agustiniana, principio de encuentro con Dios

Al igual que los filósofos griegos clásicos, San Agustín pensaba que el fin último era la felicidad, y esta felicidad habita en Dios. La felicidad está muy relacionada con la virtud y la sabiduría, por lo que estos tres conceptos se consideran centrales en la filosofía agustiniana.

La ética del amor propuesta por San Agustín debe conducir a la felicidad de la posesión de un bien superior al hombre mismo, un bien inmutable. Se trata, pues, de un anhelo de bienestar, inherente, al hombre y esto significa la posesión de un objeto que en el caso de San Agustín es Dios. La combinación de su trasegar, la experiencia y su inquietud intelectual le permitieron el descubrimiento de tan importante aporte para el conocimiento. Para él, el encuentro con Dios es una unión y posesión amorosa, una unión sobrenatural que vendrá a colmar la vida de esfuerzo y tentación que tiene cada uno de los hombres.

El amor es la fuerza que mueve a la voluntad humana hacia Dios, de esta forma, a través del amor a Dios, al prójimo y a toda la obra de la creación, el hombre conocerá no solo aquello que debe ser amado, sino también cómo debe ser amado. El amor es, pues, para el Obispo de Hipona el motor que eleva la voluntad del hombre hacia la felicidad de la unión sobre natural con Dios, pero la naturaleza de esa unión tiene que ser eterna para que pueda ser propiamente feliz, como bien no lo afirma el Pbro. Uriel Patiño, OAR.

En el corazón del hombre anida un deseo que mueve todo: el de la vida feliz. Todos los hombres quieren ser felices, y hacen cuanto pueden para conseguirlo. En la vida feliz Agustín enlaza la felicidad y la verdad, porque no quería una felicidad falsa y aparente, sino sólida y real. No hay ni puede haber felicidad en el error. Sin verdad y certeza no hay vida espiritual posible, no hay valor de una meta final y de un camino seguro.

Al articular la felicidad con la verdad, la posibilidad de lograr tal fin trasciende a todas las virtudes naturales y es fruto del auxilio celestial por lo que Agustín pretende que este fin sólo puede ser logrado por un auxilio divino. Así, en el más profundo deseo humano, el de la vida feliz, late la necesidad y aspiración a un auxilio divino que lo haga capaz de conseguirlo. Agustín enlazó fuertemente la ética y la vida feliz, tal como lo exigían las Escrituras, cuya tendencia a la felicidad se concreta en términos de purificación, conversión y participación.

7 El alma en San Agustín relacionado con el quehacer pedagógico

“A Dios y al alma quiero yo conocer. ¿Nada más? Nada más” (*Sol.* 1, 2, 7), con esta afirmación San Agustín denota su gran interés por abordar estos temas, es un pensador que sorprende por sus escritos y su gran capacidad de síntesis y análisis a la hora retomar los clásicos griegos y latinos.

El alma y el cuerpo para el obispo de Hipona son una unidad, ¿y en qué consiste esa unidad? En que el alma posee el cuerpo, usa de él y lo gobierna. El alma ha sido llamada a la existencia



y está destinada a animar y gobernar el cuerpo, al igual que el docente y el estudiante se necesita de esta unidad para que existan.

El plan de vida de un educador será siempre muy similar al de un animal insatisfecho. Como educadores, sabemos que siempre estaremos sedientos de conocimientos y de afán de enseñanza, dos asuntos estos, que se convierten en fundamentales para poder desarrollar nuestras vidas. Sin embargo, debemos aceptar que el conocimiento, sería en verdad inficioso si no fuera porque tenemos en quien verterlo, esto es, en nuestros educandos.

San Agustín afirma que la distinción verdadera entre sabiduría y ciencia radica en que la primera se refiere al conocimiento de las realidades eternas, mientras que la ciencia trata el conocimiento de las realidades temporales. En este último conocimiento se descubren una especie de trinidad: memoria, pensamiento y voluntad. Por otro lado, la mente, cuando piensa en sí misma vuelve a su presencia por una conversión inmaterial, de tal manera que “cuando la mente pensándose se ve, se comprende y se reconoce, pues entonces engendra la inteligencia y conocimiento de sí misma”. (*Tr.* 14, 1) Y es en la mente, la parte más noble de nuestra naturaleza, donde se ha de buscar y encontrar a Dios.

Cuando el alma ama a Dios y, como queda dicho, le recuerda y conoce, con razón se le ordena amar a su prójimo como a sí mismo”. De Dios se recuerda que siempre es: “no fue y ya no es, ni es y no fue; jamás dejará de existir y nunca tuvo principio su existencia. Todo está en todas partes, y por eso el alma vive, se mueve y existe en Él, y de aquí la posibilidad de su recuerdo. (*Tr.* 14)

Dios, quien nos ha dado la mente y la razón discursiva, es la vida misma, es espíritu, es inmortal, no hay mutación en su esencia, es eterno, es incorruptible, es sabio, es la sabiduría misma, es uno; y éstas no son cualidades en cuanto accidentes, sino se entienden como esencia, son sustanciales a Dios, de quien procede la felicidad para el hombre justo, bueno y espiritual.

8 El lenguaje en San Agustín

En una conversación con su hijo Adeodato, Agustín nos habla de la importancia del lenguaje. Para el santo de Hipona todas las formas de experiencia comunicativa tienen en el fondo un único objeto: la enseñanza. No debemos dudar que quien habla pretende transmitir algo, y quien escucha espera recibir también ese algo que se transmite, al respecto nos dirá el obispo de Hipona “nuestra palabra tiene dos fines: o enseñar o despertar el recuerdo en nosotros mismos o en los demás...”, (*Mag.* 1) de esta manera nos invita Agustín a establecer que en el fondo, la verdadera misión del ser humano es la de tratar de ser un maestro, aunque en el fondo el único y verdadero Maestro es Dios, y dado que el lenguaje mismo nos ha sido dado por Él, resulta evidente que es un don divino del que no debemos dudar, pero del que tampoco debemos hacer un uso indebido como el de los demagogos o mercachifles, con el fin de doblegar la voluntad del otro con mentiras y engaños.

El lenguaje en el contexto agustiniano adquiere una significación considerablemente comprometida, una dimensión axiológica de acción y vida. Para Agustín, la importancia del lenguaje radica precisamente en la posibilidad



de hacer acción la palabra, de forma muy similar en la que el pensamiento cristiano establece que el verbo se hace vida.

La palabra es para Agustín un signo, pero lo que se pretende transmitir es en verdad el significante, la palabra es un puente necesario entre la definición y la acción, pero si no hay significante para el signo, este carece de la posibilidad de serlo, lo que finalmente nos lleva a establecer que es el significante el que termina por darle significado al signo. Para comprender este entuerto se hace necesario establecer primero que la palabra es antes que todo un signo necesario para aprender y enseñar, pero esas palabras no pueden ser solo un signo vacío sin posibilidad de una verificación real, es decir, no habría forma posible de explicar a una persona lo que es un objeto si dicho objeto no existe, pues la persona no podrá hacer una asociación entre el signo y la cosa representada.

Si bien esto parece obvio, en especial para las cosas materiales, como una canica o un elefante que pueden ser relacionados directamente por medio de la relación entre la palabra y la cosa significada, la cuestión resulta un poco más compleja para cuestiones metafísicas o algunas otras un poco más difíciles de relacionar entre la vista y la palabra, como por ejemplo los sentimientos, que a diferencia de las cosas materiales que pueden relacionarse con los objetos, deben ser relacionadas con acciones.

Es aquí justamente donde el saber y el hacer encuentran su comunión y su máxima aplicabilidad dentro del contexto del pensamiento agustiniano, la palabra debe ser sustentada por los actos. De nada sirve hablar de ética agustiniana si nuestros preceptos de vida son considerablemente cuestionables, y de nada sirve hablar del amor y la amistad si solo somos amigos

de ocasión y amantes de turno. Para Agustín la palabra tiene poder, y es el poder de ser materializada. La palabra es compromiso, acción y transformación, hasta entonces siguen siendo nada más que signos.

Apartado Final

Actividades

- **Tema 1**

Después de haber leído y conocido la vida de San Agustín lo invito a realizar las siguientes actividades:

1. Hacer una línea del tiempo con la vida de San Agustín donde se enfatizen las fechas y los aspectos más relevantes de su vida.
2. Haga un escrito autobiográfico donde exprese los sucesos más relevantes de su vida.

- **Tema 2**

Responda las siguientes preguntas teniendo como referencia el concepto de hombre según Agustín:

3. ¿Cómo define Agustín al hombre?
4. En el escudo de la Universitaria Agustiniense aparece el lema: "Trasciéndete a ti mismo". Averiguar cuál es el sentido, importancia y pertinencia de esa frase para la universitaria y como aplicaría ese lema para su vida personal y profesional.
5. ¿Por qué el hombre es un interrogante para sí mismo?



6. ¿Cuál es la importancia de vivir en comunidad?

- **Tema 3**

Realice un análisis comparativo de las sectas de la época de Agustín con algunos movimientos religiosos de la actualidad y responda la siguiente pregunta: ¿cree usted que el ser humano es un ser religioso por naturaleza? Sustente su respuesta con argumentos.

- **Tema 3, 4 y 5**

Observe la película *Black* https://youtu.be/B_IttKPIzSk y desarrolle un escrito no mayor a cuatro páginas donde identifique y explique los conceptos de amor, verdad y amistad

- **Tema 5**

¿Cómo aplicaría la ética agustiniana al contexto actual? Tenga como referencia el panorama actual de nuestra sociedad en cuanto a la corrupción, el maltrato a la mujer, los niños, el medioambiente entre otras situaciones.

- **Tema 6**

Haga un escrito donde explique la siguiente frase:

El alma entregada a los placeres temporales continuamente se abrasa en deseos que no puede saciar, y, henchida de múltiples y ruidosos pensamientos, no la dejan contemplar el simple bien. (Cardona, 1998, 29)

- **Tema 7**

Cómo explicaría la frase: “usted no sabe quién soy yo” a partir de su relación con la siguiente idea de San Agustín: “Cuando

no tenemos que expresar algo, es una tontería completa proferir cualquier palabra" (Mag. 3) . Escriba un texto no mayor a dos páginas.

Referencias

- Arendt, H. (2009). *El concepto de amor en San Agustín*. Madrid: Encuentro.
- Atencia, J. M., Gavilán, J. y Rodríguez A. (1993). *Iniciación a la historia de la filosofía*. Málaga: Ágora.
- Bassols, L. (2007) *San Agustín. Vida, pensamiento y obra*. Colección grandes pensadores. España, Editorial Planeta.
- Cardona, C. E. (1998) *Itinerario Agustiniiano. 10.000 Pensamientos de San Agustín*. Provincia Religiosa de la Candelaria. Agustinos Recoletos. Santa Fe de Bogotá. D.C.: Editorial Kimpres Ltda.
- Carmona, M. (1975) *Historia de la Iglesia*. Madrid, Editorial Católica
- Eguiarte B., E. A., OAR. (2012) *Vida de san Agustín: San Posidio*. Bogotá: Universitaria Agustiniiana-Uniagustiniiana.
- La Biblia católica para jóvenes (2007). Verbo Divino.
- Oroz Reta J., & Galindo R. (1998). *El pensamiento de san Agustín para el hombre de hoy. I La Filosofía Agustiniiana*. Valencia, España: EDICEP C.P
- Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la lengua española*. (23ª ed.). Madrid: Autor.
- Reale G., & Antiseri D. (1992). Historia del Pensamiento Filosófico y Científico Tomo I. *San Agustín*. Barcelona: Herder.
- San Agustín. (1982). Obras de San Agustín III. *Obras Filosóficas*. Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- San Agustín. (1985). Obras Completas de San Agustín IV. Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos.

- San Agustín. (1985). *Obras Completas de San Agustín VIII. Cartas (I)*. Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- San Agustín. (1985). *Obras de San Agustín IV. Obras Apologéticas*. Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- San Agustín. (1985a). *Obras de San Agustín V. Tratado de la Santísima Trinidad*. Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- San Agustín. (1995). *Obras Completas de San Agustín XL. Escritos varios (2)*. Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- San Agustín. (1995). *Obras de San Agustín XXVII. Escritos Bíblicos (3)*. Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- San Agustín. (2013). *Confesiones*. Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos
- Van Der Meer, F. (1965). *San Agustín pastor de almas*. Barcelona: Herder



NOTAS DE CLASE

